





EL NARRADOR  
DE HISTORIAS FANTÁSTICAS



JOSÉ ÁNGEL ORDIZ LLANEZA

EL NARRADOR  
DE HISTORIAS FANTÁSTICAS



Lord Byron Ediciones

El narrador de historias fantásticas  
© José Ángel Ordiz Llaneza  
© Editorial: Vision Libros  
Calle San Benito 21 Local  
Tel: 0034 91 3117696 url: [www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)  
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

En coedición con Lord Byron Ediciones  
© Editor de Lord Byron: Leo Zelada

ISBN: 978-84-9886-825-8  
Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marian González,  
[reflejandoelazul@visionnet.es](mailto:reflejandoelazul@visionnet.es)

Maquetación: Daniel Hernando  
[daniel@visionnet.es](mailto:daniel@visionnet.es)

Distribuye y produce:  
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local  
28029 Madrid.

Pedidos a [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)  
[www.distribuciondigital.com](http://www.distribuciondigital.com)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright

Para Noemí, Iván y Rubén.



Agradecimientos:  
A Terenci Moix (vive en mí), por el título, y a Gervasio  
Alegría, por las correcciones.



Ustedes me han dado alimento y cobijo en esta fría noche, enemiga de vagabundos y peregrinos, y yo, mientras paladeo el exquisito licor que alivia el peso de mi vejez, les contaré las historias de la hermosa Bel, del apuesto Pol y de la no menos agraciada Rosalinda. La vida y la muerte caminan tomadas de la mano, y nosotros somos mensajeros de ese idilio inevitable. Mis ojos apenas ven de tanto como han visto, y por eso les digo que el amor y el odio son dos caras de un mismo corazón. Le hablo a este perrillo que me acompaña de la bondad y de la maldad, y en ocasiones advierto que ambas se entreveran en mis palabras, nada extraño pues sus ramas se nutren de un tronco común. Busco la tierra donde nací, pero no la encuentro. Las gentes me orientan, y yo me pierdo siempre en algún recodo de los senderos como si estuviese condenado a repetir mi relato, lo único que poseo, por los confines interminables del laberinto de mis pasos. Remedés no era un hombre bueno, Raimon no era un mal hombre. Remedés es hoy una sombra que vaga entre sombras mientras pide perdón a sus padres y a su hermano, también a Los Dioses, en los que nunca creyó, y Raimon es polvo en el viento. Al norte, más allá de Las Montañas, viven Los Bárbaros. Al oeste se extienden Los Valles. Al este cubren la tierra Los Bosques. Y al sur, cuando finalizan Los Desiertos y Las

Ciénagas, aparecen las costas de El Mar. El río de Los Valles del Oeste nace en Las Montañas, en las mismas fuentes que el río de Los Bosques del Este, y los dos se unen de nuevo antes de morir en El Mar del Sur. Remedés se citó con la vida un día tormentoso de invierno en una humilde aldea de pescadores lamida por las aguas saladas. Doria, la madre, acomodada en el suelo de su cabaña sobre hojas secas, lo parió ante la expectante mirada de Valior, quien guardaba silencio con el ceño contraído por la ofuscación del padre que no comprende por qué su gozo debe soportar la prueba del sufrimiento de la esposa. Una centella rasgó el cielo oscurecido al salir el hijo de la madre, y un trueno sordo y prolongado se confundió con el llanto de Remedés. Su hermano Filipo, entre los brazos de Valior, comenzó a gritar de pronto, temeroso de la tempestad o acaso al descubrir en él, en las facciones sanguinolentas del recién nacido, los rasgos futuros del ser que lo habría de matar. Doria dormía a los retoños con el susurro de su voz melodiosa, les narraba cuentos fantásticos, y luego le ofrecía los pechos desnudos a Valior, que besaba los pezones de la mujer con una mezcla exacta de ternura y ansiedad. Pocos distinguían al joven Filipo del joven Remedés, ambos morenos como el padre, ni altos ni bajos, ambos con los cabellos rizados y la nariz un tanto aguileña. Doria, sin embargo, sólo necesitaba mirarlos a los ojos, negros como los suyos, para saber quién era uno u otro: Filipo le sostenía la mirada, le sonreía al mirarla, y en cambio Remedés agachaba la vista ante ella como si ya se sintiera culpable de los desmanes que iba a cometer. Valior, flanqueado por sus dos únicos descendientes, contaba los peces de la pesca ante Doria y decía a los hijos: “Los Dioses de El Mar son buenos conmigo, me colman las redes para que pueda compraros una barca, la mejor barca que se haya armado nunca en la aldea”. Se iluminaban los ojos del pescador; ya veía

el sueño convertido en realidad, ya veía cómo Filipo y Remedés faenaban juntos en la embarcación más bella que había surcado hasta entonces El Mar del Sur. La llamarían La dulce Doria porque su esposa era a diario como la miel en el paladar, como la sombra de un árbol en el oasis de Los Desiertos donde ella había nacido. Los Dioses fueron buenos también con los hijos del pescador cuando se hicieron a la mar en la barca que el padre había soñado para ellos; una barca pintada de blanco, con el nombre a babor y a estribor en letras tan doradas como las ardientes arenas donde se crió Doria, como las playas de El Mar del Sur donde ella y Valior se enamoraron, como los soles de las bonanzas que el matrimonio deseaba para los vástagos. Filipo contemplaba el horizonte marino, tendidas las redes, y atemperaba la voluntad del hermano cuando Remedés le proponía abandonar la pesca, desplegar las velas y averiguar qué había en la distancia. Filipo poseía en la calma una templanza similar a la que Remedés demostraba en la tormenta, cuando las aguas se enfurecían por el soplar repentino del viento. Remedés sostenía firme el timón en la tempestad, Filipo apenas lo acariciaba en la niebla, y Valior contaba los peces ante Doria y luego dividía casi la totalidad de su propia pesca en dos partes iguales y las añadía al pescado correspondiente a los hijos, quienes deberían formar un hogar cuanto antes para enfrentarse al porvenir con la ayuda de una esposa, el mejor lenitivo para los estragos de humedades y salitres. Filipo descuidó la guardia, no vigiló de reojo al hermano aquella mañana sofocante en el caladero, adormecido por el embrujo de las aguas, encalmadas como las de un lago, y por eso no vio a Remedés con una red en las manos y una mirada fraticida en los ojos. Trató de defenderse del destino que acaso ya conocía desde pequeño, pero sus movimientos le enredaron aún más en la tela de araña que le lanzó el

hermano antes de arrojarlo por la borda y dirigirse hacia la costa ensayando los pormenores de la mentira que transformaría el asesinato en accidente; una mentira que le permitiría ser el único propietario de La dulce Doria, el único dueño de los peces que contase el padre; una mentira de la que se valdría para ocupar el lugar de Filipo en el corazón de Petria, la muchacha de largos cabellos castaños y ojos felinos que olía a mujer cuando el pretendiente le recitaba poemas de amor. Permítanme que oculte un instante mi rostro entre las manos. A veces me duele demasiado este canto de viejo que los días han depositado estrofa a estrofa en mi memoria a la vez que han marcado mi cuerpo con cicatrices y arrugas para que la muerte no se olvide de mí al ejercer su oficio, como se olvidó de Tobías y Melina los eternos. Valior cayó de rodillas, alzó los brazos y abrió la boca, por la que no salieron sino los lamentos de Doria. Remedés, aún asombrado por la facilidad con que había matado a Filipo, permaneció erguido e impasible frente al llanto de la madre, frente a la muda desesperación del padre; lejos de apiadarse de los corazones rotos de sus mayores, se culpaba de haber tardado demasiado en consumir el fraticidio, de haber consentido que el hermano, quien masticaba raíces como un rumiante y babeaba por las comisuras de los labios mientras cosía las redes, le tomase la delantera en las preferencias de Petria, la hija menor del anciano Nicanore, el artesano de la piedra y de la madera. La joven Petria, durante varias estaciones, buscó inútilmente los ojos de Filipo en la hosca mirada de Remedés. El único propietario de La dulce Doria se esforzaba en emular al hermano delante de la muchacha, pero una y otra vez advertía el fracaso y, al alejarse de ella, escocado por la brasa del deseo insatisfecho, maldecía a Filipo, que sobrevivía en el interior de Petria como aún alentaba en el pecho de los padres. Remedés oteaba el hori-

zonte en el caladero, pero ahora lo retenía el cuerpo de Petria, sus cabellos ondulados y sus ojos de gata, aunque no oliese a mujer como en vida de Filipo. Escupía a las aguas, al cadáver del hermano, y recogía las redes sin fijarse en la pesca; ya poseía una cabaña, pero le faltaban unos labios femeninos, los labios carnosos de Petria, para humedecer en ellos los suyos. Un día, al subir a La dulce Doria las capturas de la jornada, una mano se aferró a su brazo en tensión; era la mano de Filipo que emergía de las profundidades y tiraba de él hacia las aguas. Luego apareció el resto del cuerpo del hermano, aún envuelto en la red que le había impedido mantenerse a flote, y la calavera le sonrió antes de regresar al fondo marino. Remedés, más tarde, acalló el recuerdo del temor padecido con la violencia de sus actos. Ni siquiera amarró la embarcación al llegar a la costa. Saltó a tierra y se encaminó al encuentro de Petria. Como la muchacha lo rechazó con la misma determinación que él demostró al pretender sus favores, la tomó en brazos, le amordazó la boca con una mano y soportó su resistencia hasta alcanzar el altozano donde Nicanore le había construido la cabaña. Petria, al observar en los ojos del agresor la inmensidad de tanta furia, se quedó al fin inmóvil en el suelo de la vivienda de aquel villano, y por sus mejillas resbalaron lágrimas de impotencia, silenciosas lágrimas que lloraban por ella y por Filipo, mientras Remedés la forzaba, mientras Remedés cabalgaba definitivamente hacia las sombras de la perdición. Cuando la joven, sin pronunciar lamento alguno, salió de la cabaña, Remedés borró a manotazos las huellas de su nueva infamia, las gotas de sangre que coloreaban el suelo de tierra. El hijo de Valor no se hizo a la mar al día siguiente, ni al otro, y La dulce Doria comenzó a deteriorarse en manos del abandono. Remedés temía al hermano muerto, que lo esperaba en las honduras de El Mar del Sur para arrastrarlo consigo

o para reírse de él porque no conseguía olvidarse de Petria, a la que deseaba aún más que antes de desgarrarle las entrañas. Nicanore tenía tres hijos y tres hijas, y había enviudado años atrás. Remedés regresaba ebrio la tarde en que abrió la puerta de su cabaña y en el interior distinguió, sentado en una silla y con la cabeza caída sobre el pecho, como si estuviese dormido, al viejo artesano. Lo acompañaban dos de sus hijos. Intentó Remedés huir, pero el tercer hijo de Nicanore, el más fuerte, apareció entonces detrás de él y lo sujetó por el cuello y por un brazo. Nicanore salió del letargo y habló así: “Entra, Remedés, estás en tu casa. Soy amigo de tu padre, ya lo sabes, y me apena verlo faenar para ti mientras tú te dedicas a la pendencia. Veo que sabes también a lo que vengo, y me apena igualmente que Valor sufra cuando te vea herido por la justicia que mi honor me exige. Hasta la muerte de tu hermano, te protegía su bondad. Pereció él, y no tú, pero Los Dioses demuestran la divinidad con actos que no comprendemos, como tú no comprenderás el dolor de Valor”. Nicanore sentía cada palabra del discurso, y por eso había gran tristeza en su voz pausada. El hijo más fuerte de Nicanore mantenía agachada la cabeza de Remedés, le obligaba a permanecer de rodillas ante el padre. Continuó diciendo el artesano: “Mi esposa me regaló a Petria cuando ya creíamos que no podía concebir. Me la regaló para mitigar el vacío que su desaparición dejaría en mi pecho. Y así fue, Remedés, así fue. Así fue y así es: el pelo, los ojos, la voz, la sonrisa, las caricias de mi hija menor, todo en ella me recuerda a mi esposa. Miro a Petria y veo, y siento, a su madre rediviva”. El anciano, tras permitirse una corta pausa, prosiguió hablando para decir: “Tu hermano Filipo recitaba versos de amor a mi Petria, versos tan hermosos como su bondad. Él aseguraba que Los Dioses se los enseñaban mientras dormía, pero yo, al escucharlo, tenía por cierto que era

mi hija quien se los inspiraba”. De nuevo guardó silencio Nicanore. Endureció la voz al declarar: “No voy a matarte, Remedés; no te mataré aunque veo todavía cómo se desangra mi Petria y aún oigo tu nombre cuando al fin me confiesa la identidad del autor de su desgracia; la identidad de quien abusó de ella y la condenó a ingerir una peligrosa poción para deshacerse del ser indeseado que comenzaba a germinar en sus entrañas. Petria vivirá, Remedés, está fuera de peligro, y su corazón también se rehará. Es joven, hallará a otro Filipo, a otro hombre que la merezca”. Suspiró Nicanore, alzó la vista. Los hijos sujetaron a Remedés para que el artesano le marcara las mejillas con el filo de un puñal de hueso de tal modo que las cicatrices futuras se correspondiesen con la inicial del nombre de Petria. A continuación, los descendientes de Nicanore descubrieron el sexo de Remedés. El viejo, con menor precisión que antes, le sajó el escroto, y luego tomó el paño que le ofreció el mayor de sus hijos y limpió en él la sangre de las manos. Al salir de la cabaña, el anciano se detuvo un instante en el umbral de la puerta, suplicó: “Que Los Dioses nos perdonen lo que nosotros no podemos perdonar”. Nicanore pasó por el hogar de Valior y Doria y les pidió que socorriesen cuanto antes a Remedés, a quien él había herido con un puñal de hombre. Apenas restablecido, Remedés prendió fuego a La dulce Doria, también a su cabaña, y caminó hacia el interior, hacia Las Ciénagas y Los Desiertos. Bordeó el cauce del río de Los Valles del Oeste y una mañana, mientras bebía en un remanso de la corriente, vio su rostro reflejado en las aguas, observó las cicatrices en las mejillas, aquellos estigmas que lo marcarían para siempre, y gritó hasta quedar sin voz. Cuando se hubo apagado el eco de su ira, pensó en regresar a la aldea costera para acabar de algún modo con la estirpe de Nicanore. Entonces apareció un hombre ante él. El